

REVISTA CASTELLANA

LITERATURA ■ HISTORIA ■ CIENCIAS ■ ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 & 6.—VALLADOLID

R 033

La custodia de la catedral de León ¿es la que se guarda en Cádiz?

En el número de la REVISTA CASTELLANA, correspondiente al mes de febrero último, ha publicado Don Eloy Díaz-Jiménez y Molleda un artículo sobre *Enrique de Arfe*.—*Nuevos datos para su biografía*, datos sacados de los libros de actas de la catedral leonesa, y muy curiosos, efectivamente, porque entre ellos da el importantísimo del concierto hecho entre el artista, jefe de la dinastía de los Arfe, y el cabildo, para labrar la primera obra de interés que para estas tierras dedicara. Como no podía menos, el señor Díaz-Jiménez trata de la desaparición de la hermosa custodia y de la cruz procesional, también labrada por Enrique de Arfe, citando el hecho de llevarse el sargento don Agustín Manuel de Iglesias, por orden del general don Juan Díaz Porlier, según había dispuesto el general en jefe del ejército de operaciones don Nicolás Mahy o Malú, como dicen otros, las alhajas de la catedral leonesa, so pretexto de librarlas de la rapacidad de los franceses. El despojo se verificó el 21 de septiembre de 1809, evitando el cabildo que se empleara «la fuerza para poner a salvo la plata», y, como dice el señor Díaz-Jiménez, «se resignó el Cabildo a que fueran llevadas [las alhajas] a Oviedo.» Y «desde esta ciudad fueron a Gijón y, embarcadas en este puerto y en el bergantín *Minerva*, llegaron a Cádiz, desde donde las trasladaron a Sevilla en cuya casa de moneda se fundieron, sin exceptuar la custodia de Arfe y la cruz procesional, obra del mismo artífice.»

Pero, ¿se amonedó la custodia de León? Tal se ha dicho y ha pasado como cosa vulgarísima. Yo mismo lo indiqué en mi estudio comenzado (para proseguirle sabe Dios cuándo) sobre *Las custodias de plata en Castilla y León* ¹ teniendo como base lo que escribió don Demetrio de los Ríos en el tomo I (páginas 185-188) de su notable monografía de *La Catedral de León* (Madrid, 1895), en donde se hace un extracto del proceso que llevó la desaparición de las alhajas de la catedral. Tales observaciones hizo el concienzudo restaurador de la *Pulchra Leonina*, que no me quedó duda, por entonces, de haber sido amonedada en Sevilla la famosa custodia del Arfe abuelo.

Volviendo yo por León en 1907, mi condiscípulo don Juan C. Torbado, y, si no recuerdo mal, don Rafael Ramírez de Arellano, que a la sazón era secretario

¹ Publicado en el *Bol. de la Soc. castellana de excursiones*, t. I (1903 y 1904). Lo referente a la custodia de León, págs. 56-58 y 61-62.

del Gobierno civil de dicha provincia, debatiendo sobre mil cosas de arte, me dieron la noticia, que creían interesarme por haberme ocupado de grandes custodias procesionales, de que no había desaparecido la de la catedral leonesa, y que existía en España, por suerte, bien que se reservaron indicarme el punto donde se encontraba, quizá por ese afán que tienen de decir las cosas a medias los aficionados a las de arte.

Volví a hojear mis libros relacionados con estos asuntos, y leí, en la parte titulada *Las custodias de nuestras iglesias* del tomo *Estudios sobre artes industriales*, de don Francisco Giner (Madrid, 1892), después de citar las custodias de León y del monasterio de San Benito de Sahagún, (pág. 201): «Al propio estilo corresponden otras dos.—Es la primera la de Cádiz, que lleva el nombre de Cogollo y se coloca en lugar del viril de costumbre, dentro de otra custodia greco-romana de aquella catedral: algún arqueólogo la ha tomado, a despecho de sus formas y por más inverosímil que parezca, nada menos que por contemporánea y donación del Rey Sabio»¹; y en el folleto de don J. Bernadet, *Descripción de las Principales custodias de España* (Cádiz, 1890), una impugnación a que «el cogollo» fuera donación de don Alfonso X. La verdad, que tal suposición es un dislate mayúsculo solamente achacable a un desconocedor, en absoluto, de los estilos artísticos, porque retroceder al siglo XIII «el cogollo» es *equivocación* imperdonable a persona culta y de alguna instrucción. A «el cogollo» dedicó el señor Bernadet la nota más extensa de su folleto (págs. 28-32), y aunque al negar razonadamente la atribución al supuesto donativo de Alfonso X el Sabio, no indica otra procedencia u origen de la custodia gótica, escribió: «La comparación entre la custodia gaditana y las fabricadas por Enrique Arfe, especialmente la de Sahagún, revela una misma procedencia, un mismo autor, por más que las estatuas de la de Cádiz sean inferiores a las de aquella.—Y esto nos parece decisivo, las estatuillas que decoran la alhaja gaditana no están fundidas ni cinceladas, sino repujadas al martillo, exactamente como lo ejecutaron varias veces Enrique Arfe y sus discípulos...»².

Ese estilo de Enrique de Arfe reflejado en «el cogollo de Cádiz»³; esa revelación del mismo autor en la custodia gótica gaditana y en la de Sahagún; el no estar citada nunca la de Cádiz en las obras más famosas de Arfe, y decirse en cambio, en libros ya modernos, que el estilo es del artista Arfe; el hecho de que los ingleses no respetaron nada en el saqueo de la isla de Cádiz de 1596, y de llevarse hasta la cruz de cristal de la catedral que tenía el pomo de la espada de Alfonso X; y la circunstancia de poseer (cosa rara) dos custodias la ciudad, la gótica y la del siglo XVII, costeada esta principalmente por el Ayuntamiento, me pusieron en gran duda. ¿Sería «el cogollo» de Cádiz la primera famosa custodia de Arfe, labrada para la catedral de León? pensé. ¿Informaría mal el contador de la casa de moneda de Sevilla, don Antonio Zemblano, al Diputado a Cortes por León, don Miguel Alonso Villagómez, cuando por recomendación del prelado leonés, quiso investigar, a raíz del suceso, el destino de las alhajas de la catedral de León? ¿Eran ciertas las negativas investigaciones del Intendente de Asturias, de 1810, de las mismas Cortes de Cádiz, de 1815, del Cabildo de Oviedo y aún del de Cádiz, de 1814? El paradero de las alhajas de la catedral

1 De la custodia grande de Cádiz, de la del siglo XVII, se trata en el mismo tomo, págs. 234-235. De ésta no hay para qué ocuparse.

2 De la custodia grande se ocupa el señor Bernadet al final de su folleto, págs. 47-48.

3 Ya es vulgar fijar el estilo de Enrique de Arfe en la custodia gótica de Cádiz. Puede verse hasta en la *Guía de Cádiz* (pág. 21) publicada con motivo del centenario de la Constitución de 1812.

de León, y con ellas la custodia de Arfe y la cruz grande, fué una casa de moneda, y se fundieron todas en Sevilla, y lo confirmaba nada menos que el contador de la misma casa, en confesión harto dolorosa. No podía existir duda.

A pesar de ello no lo tenía yo por tan cierto, y aún con estos antecedentes, volví a preguntarme: pero ¿se amonedó toda la custodia de la catedral de León? ¿No reservaron nada de tan interesante pieza de orfebrería, que al más lego habría de parecerle una obra bellísima? Es lo probable que el contador de la casa de moneda de Sevilla dijera verdad; mas ¿no pudieron reservar algo? Ese «cogollo» de Cádiz, ¿no podía ser una parte principal de la custodia de León, que no llegó a Sevilla, que se sustrajo, en suma, de la indigna fusión, como de brasero inquisitorial? La especie se apoderaba de mi creencia y no me atrevía a exponerla sin tener una prueba plena y convincente que demostrara documentalmente la noticia.

Pedí informes *secretos* a un compañero, ya fallecido por desgracia, don Juan Cabrera y Latorre, y no pudo orientarme en lo más insignificante ni buscarme el dato deseado con verdadero afán. Sin embargo, mi hipótesis parece confirmarse.

El erudito académico de la de San Fernando, mi buen amigo don Narciso Sentenach, con ocasión de estar preparando su interesante *Bosquejo histórico sobre la orfebrería española*, publicado primeramente en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, y luego en tirada aparte (Madrid 1909), me consultó sobre las custodias por mí estudiadas, y al envió que le hice de lo que llevaba publicado y a la noticia que le daba de haber llegado a mis oídos que la custodia de León *existía* aún, según me habían insinuado con misterio, me contestó que, en efecto, la custodia gótica de Cádiz era la de León, no en su integridad, pero que no admitía duda la noticia. La hizo luego pública el señor Sentenach, y ya no tengo por qué ocultar la idea que acariciaba, mucho menos cuando de mí parecer es el docto arqueólogo. Razón tenían los señores Ramírez de Arellano y Torbado; mas ¿qué razón les movía al ocultarme el nombre de la ciudad donde la custodia se encontraba?

Dice el señor Sentenach, en su mencionado libro, en el que hace honor inmerecido a mis estudios sobre custodias al citarles repetidas veces (pág. 96): «Se ha tenido por perdida esta alhaja [la custodia de León], pues con motivo de la Guerra de la Independencia remitióse a Cádiz, pedida con otras preseas para ser amonedada. Afortunadamente el crimen no llegó a efectuarse, al menos en su totalidad, y la custodia, o parte de ella, se guarda en la Catedral de Cádiz, donde es conocida con el nombre de *el cogollo*, colocándose el día del *Corpus* dentro de la custodia grande como viril o *Sancta Sanctorum*.

«A nuestro entender, la custodia pequeña de Cádiz, salvada ante la consideración de su gran belleza, es la mayor parte de la de León, concebida y ejecutada por Enrique de Arfe, despojada del *obelisco con el ave Fénix*, que ha sido sustituido por la gran cruz que coronaba el *casarón* de las andas, y que son las que realmente han perecido

«Basta ver su conjunto y detalles para convencerse de que no pudo ser ejecutada esta custodia por otro que por el autor de la de Toledo y Córdoba, y bien se nota la evolución en ellas considerando que de ésta pasó á ejecutar la de Sahagún y después la de Toledo, siendo la última trazada y más completa la de Córdoba, en la que apuró toda la inspiración y práctica de su lograda experiencia.»

Yo soy de la opinión del Sr. Sentenach. «El cogollo» de Cádiz parece ser obra idéntica a la custodia de Sahagún, en infinitos detalles que solamente una misma mano puede labrar; el modo de colocar y disponer los pilarillos, contrafuertes, arquillos, etc., todo induce a observar en una y otra obra el mismo artífice; una obra que sigue a la otra, y ambas, efectivamente, anteriores a las de Toledo y Córdoba. La comparación a ello conduce, y puede hacerse entre las láminas, que dieron los Sres. Bernadet y Sentenach, de la de Cádiz, y la que dió yo de la de Sahagún en mi estudio comenzado.

A mí no me extraña la negativa con que nos hemos estrellado cuantos hemos querido documentar el «cogollo» de Cádiz: una demostración documental llevaría siempre el temor de que fuera reclamada la alhaja por el primer propietario y dueño. Harto significativo es, sin embargo, que no se cita para nada la custodia gótica de Cádiz en los siglos XVI, en que se construye, y en los sucesivos; solamente en el XIX se la quiere hacer pasar por donativo «nada menos» que de Alfonso X el Sabio: ¡del siglo XIII! como quien no dice nada, cuando nada más abrir los ojos ante la fotografía se la clasifica como obra primorosa de principios del siglo XVI, o a lo sumo de fines del XV. Esa especie no puede pasar. Algún documento habría en el archivo catedral de Cádiz referente a obra de tal importancia; me han achacado su ausencia al saqueo de la catedral por los ingleses, quienes destrozaron los documentos o se los llevaron, así como otras alhajas, y... ¿dejaron la custodia?

La investigación, siquiera por identificar la primera obra importante del Arfe abuelo, debe proseguirse. La absoluta comprobación debe hacerse: así desaparecerán las dudas, y si Cádiz encargó obra tan estimable, aunque fuera al mismo Enrique de Arfe, ¿por qué no decirlo de una vez? Podemos creer una cosa y por muchas razones que nos formulemos para fundar la creencia, también podemos equivocarnos. No sería yo de los últimos en rectificar mi criterio si se me demostrase que el «cogollo» de Cádiz no pudo ser la custodia de la catedral de León.

JUAN AGAPITO Y REVILLA

Magnífico

A Rubén Darío

Claridades de luna, vaguedades de ensueño,
voluptuosos recuerdos de exquisitos placeres,
cielo azul, estrellado, de nocturno abrileno,
incitantes sonrisas de adorables mujeres.

Jugueteos de brisa en jardines floridos,
murmurar de arroyuelos al cruzar la pradera,
orientales perfumes, trinos de ave, balidos,
policromas auroras de gentil primavera.

Añoranzas, deseos, sibaritas amores,
tropicales nirvanas y latina pasión,
venusinos desnudos, sederfas joyantes;

son los hilos sutiles, de irisados colores,
con que borda tu musa el más noble blasón
del idioma glorioso de Miguel de Cervantes.

Jesús Pérez

Valencia de Don Juan, 1915.

Exhumación

*Si quid tamen olim
Scripseris in Metii descendant iudices aures
Et patris, et nostras, nonnunquam prematur in annum,
Membranis intus positis, delere licebit
Quod non edideris: nescit vox missa reverti.*

(HORACIO, *Ars poetica*).

Guardaba mi caudal de poesía
 en el fondo de un viejo cartapacio,
 hasta que cierto día,
 en que hube humor y espacio,
 poner quise la máxima de Horacio
 en acción, relejendo las cuartillas
 —sueños de adolescente—ya olvidadas,
 rugosas y amarillas,
 no bien nacidas muertas y enterradas.
 Y al ver aquel espejo de mis años
 inquietos y febriles,
 a toda norma autoritaria hostiles,
 y ver junto a mis nuevos desengaños
 delinearse los cándidos perfiles
 de aquellas horas de mis quince abriles,
 envueltas en brumosa lejanía,
 dije entre mí: ni del pasado fío.
 ¿Esta fe que aquí alumbraba ha sido mía?
 ¿Y este amor que se queja ha sido mío?
 Y esta voz armoniosa que habla quedo
 de algo que fué placer, y que levanta
 un tropel de recuerdos que no puedo
 determinar, y que en la sombra canta
 una extraña canción que me da miedo
 y que me hace llorar, pudo algún día
 ser eco y vibración de mi garganta?
 ¿Esta voz, esta voz ha sido mía?
 Lo fué sin duda alguna, yo cantaba
 con esta voz que ahora me incita al llanto
 y cuyo son apenas recordaba.
 El tiempo cruel me ha transformado tanto
 que mi memoria crédito no daba
 a lo que fué en la bella lejanía
 adolescente y lo que fué mi canto,
 mas, no hay duda, esa voz ha sido mía.
 Y míos estos versos. ¡Quién pudiera
 tornar de nuevo a andar por el camino
 del tiempo que pasó, con el destino

a la espalda y en pos de la quimera
gufa y sostén de nuestra edad primera!
Y ¡quién pudiese desandar lo andado
fija la vista en el lejano oriente,
y gustar del refugio sosegado
de nuestra adolescencia suavemente!
¡Viejos papeles que evocáis mis días
de libertad y amor, de ansias de gloria
de penas infundadas, y alegrías
sin freno, penetrad en mi memoria!
Hacedme recordar de aquel pasado
de amor y fe con la primera amada
en el viejo jardín abandonado,
viendo en el casto azul de su mirada
la tarde que se muere retratada.
Quiero gustar de nuevo la fragancia,
el perfume sutil, de aquel momento
de mi primer amor. Toda la infancia
hecha anhelo, pasión y sentimiento.
Quiero gustar de nuevo las secretas
ansias de amar que, al remover mi vida,
mostráronme en el monte la escondida
senda de soñadores y poetas.
Mas mi empeño es inútil, que el pasado
no vuelve aunque le llame mi deseo.
Cuanto más por mi mente acariciado
más lejos de mi actual vivir le veo.
Vuelvan estos papeles al olvido,
y marche yo de frente hacia el mañana,
siguiendo el curso de mi inquieta vida,
sin pensar lo que he sido,
ni saber si es soñada o si es vivida
de este recuerdo la visión lejana.
No amarguéis mi vivir, hora tras hora,
versos de juventud y de locura;
murió mi adolescencia soñadora;
estas cuartillas son su sepultura;
sobre ella el corazón de un hombre llora.

FRANCISCO DE Cossío

POETAS CATALANES

José M. López Picó

Entre el Besós y el Llobregat, al abrigo del Mongat y del Montjuich, mirándose en el mar de las grandes epopeyas, se alza la ciudad mediterránea donde se inspira el poeta. Por eso la armonía de las ondas latinas y la serenidad, casi helénica, de aquel cielo de un bello azul celeste, se nota en los versos de José M. López Picó.

He aquí el nombre culminante y luminoso en la lírica poesía catalana, cual faro que alumbraba el puerto y el mar barceloneses, irradiando los destellos de su luz hasta nuestras tierras de Castilla. El príncipe de los líricos catalanes, como le calificara un coterráneo suyo, es él: el egregio y altísimo poeta José M. López Picó.

A raíz de publicarse su libro *L'Ofrena*, el que escribe estos párrafos, pidió la obra a una casa editorial, confestándole ésta que ya se había agotado; por cuyo motivo se hizo esta reflexión: o el poeta es muy grande o la edición es muy pequeña; pero leyendo sus *Poesíes* (1910-1915), salió de dudas, convenciéndose de lo primero, porque sus versos le refrigeraron con las ventolinas del mar y los aromas de las ramblas, haciéndole deleitarse, renovándole con las suaves emociones de sus estrofas, todas ellas originales y sutiles.

Y es que su autor refina, depura y quintaesencia la belleza de cuanto ve, dejando los pensamientos desnudos, exentos de todo contacto con la forma literaria externa; y por esta razón, de vez en vez, peca de ser aquella algo conceptista.

Esencialmente espiritual y subjetivo, atiende sólo a sentimientos y pensamientos; ideas que viste con un traje inconsútil, donde, claro está, no hay hilvanes ni puntadas; la forma, que es el ropaje, le tiene muy sin cuidado; lo que le inquieta es el concepto, que desearía expresar, si le fuera posible, sin palabras.

El filósofo Diego Ruiz, en su *Genealogía de los símbolos*, afirma: «la cosa en sí no es sino un resto de las cualidades ocultas, colocadas misteriosamente en su centro.» Sin duda, el poeta sigue intuitivamente esta teoría, y, como secuela de seguirla, tiene una visión peculiarísima de las cosas, apreciando en ellas lo que son en sí, no lo exterior, sino lo interno, lo que no ven los ojos de la mayoría de las gentes y aún los de muchos rimadores. Por esto mismo, López Picó no es descriptivo y sólo da preferencia a los sentimientos, a las ideas y a las sensaciones, que es lo que constituye el alma de un verdadero poeta.

En Horacio se lee: «Cuando el poeta no puede más principia a pintar un bosque, un altar, un río caudaloso, una campiña amena surcada por un riachuelo que serpentea, un arco iris». Y Pope decía: «el que quiera llevar dignamente el título de poeta debe renunciar lo más

pronto posible al deseo de describir». El lírico catalán es enemigo acérrimo de las descripciones: seguramente sigue la sabia lección del poeta inglés. Además, es complejo, su numen no es rectilíneo, su lira no es monocorde, su lira vibra con las siete cuerdas de oro de la de Terpano.

En la ejecutoria artística de López Picó se yergue su árbol genealógico y centenario, donde aparece que sus abuelos fueron aquel ilustre criado de Jaime el Conquistador, Mosén Jordi de San Jordi, y el gran Ausías March, de los cuales heredara la ternura y el tono elegiaco de sus composiciones amorosas; su padre, Eugenio D'Ors, le infundió la espiritualidad, y en su alma catalana existen los diversos matices de sus hermanos Carner, Viura, Pijoan, Sitja, Sagarra, Bofill, y hasta del mismo panteísta Guerau de Liost, cuyo dominio del léxico y de la métrica, hace que derrote a su Musa en reñida partida al ajedrez, mientras ella pretende distraerle, mostrándole la *Montaña de amatistas*.

El libro *Poesías* de López Picó es una hermosa lira, donde vibran, con mágicos arpegios, cuatro cuerdas melodiosas: *Amor, Poemas del Puerto y de la ciudad, Imágenes y Epigrammata*.

En *Amor* hace un elogio de la mujer amada, henchido de pasión, idealidad y sentimiento. Porque ella vigila el hogar, loa sus ojos, y la consagra el dulce fruto del olivo; por el orden que ponen sus manos en todas las cosas, las alaba, regalándolas una ramita de almendro para que florezca en ellas, igual que en el árbol; enaltece su cuerpo por su perenne gracia, y dice que plantará una cepa, porque de la buena cepa crece la viña y de la bondad de la madre la hija; encomia su esbeltez y su paso, y le hace la ofrenda de un pino; pondera su talento, en el cual se complacen sus gracias, y la brinda una fuente de agua clara.

A veces, el poeta madrigaliza y dice: «cuando abres la ventana por la mañana para que entre la luz del día y alegre nuestra alcoba, juraría que sale afuera la claridad de dentro y que se mira el día en tu alegría.»

Luego, hace exclamar a la amada:—«Quién pudiera ver la cara del hijo que en mí llevo.—Mira en mis ojos tu rostro como ríe; así es él, y más hermoso aún»;—la responde el poeta. Y hablándola del hogar la dice: «La casa limpia es el espejo de Dios. Amor mío, no le ves más, que en el altar, en nuestra casa, y que ya rezamos, sólo con mirarnos en ella?»

La ternura y el sentimiento lírico que dominan en *Amor* los ha aprendido el poeta de los trovadores provenzales; que éstos fueron los fundadores de la lírica moderna y los que con su *dolce stil nuovo* importaron el concepto del amor y de la mujer, a los cuales dedicaron las endechas más rendidas de sus galantes laudes.

Por lo que se refiere a los *Poemas del puerto y de la ciudad* no recuerdo quién fué el zoilo que dijo que se parecían a los de Tomás Morales. Protesto contra ese parecer: los asuntos de López Picó son más sinceros, más vívidos; y aun en punto a sinceridad, el único que podría ser su parejo sería el nauta santanderino José del Río Sainz, en sus her-

mosos *Versos del mar y de los viajes*. En los *Poemas del puerto y de la ciudad* resalta vigorosamente el modo de ser del poeta, el cual imprime un sello originalísimo en la ciudad condal y su puerto. En estos poemas late el corazón catalán de López Picó.

La parte del libro titulada *Imágenes* tiene composiciones tales como «De la vida beata», en que revela su autor una fantasía soñadora»; «Los Pinos», en que muestra su imaginación desbordante; «Imagen de la muerte», de pensamiento ingenioso y original; y «El cristo de nuestros altares», Himno a San Pablo» y «El Santo Rosario», donde aparece el poeta místico, con verdadera unción, no a la manera de esa poesía levítica de sacristía, muy en uso por la actual poetambre de teja y sotana, sino honda e inspirada.

Lector, admira a López Picó, cuyos son estos versos:

Himne a Sant Pau

Sota vostra advocació
hem posat, Sant de l'acció,
aqueixos temps moderns de febra
en què el repòs de nostres nits
sembla mes lluny dels esperits
i fuig la sòn de la palpebra;
i és cada estrella un punt brillant
encés d'inquietut constant
única llum en la tenebra.

Alceu una afirmació
damunt la vacil·lació
d'aqueixos dies d'agonia.
Perquan dèieu tocat d'amor:
—¿Què voleu que faci, Senyor?—
i la paraula se us movia;
a tots nosaltres, pobre gent,
encomaneu el moviment
d'aqueix amor que'ns salvaria.

—El vostre cap, del còs després,
per a no estar sense fes res,
donà tres bots, i três vegades
la terra eixuta va florir,
miracle d'aigua cristalli,
tres fonts amb aigües renovades;
la nostra set d'aquests temps folls
guariu amb l'aigua d'aquells dolls
i cap delit serà endebades.

Gloriós Sant de l'acció
per la vostra intervenció
doneu-nos actuació;
i el nostre món no ens el pendrà ningú,
perquè amor i heroisme tot és ú.»

Otras veces, trueca el religioso salterio por la festiva cítara, y, con los mismos asuntos, aparece humorístico; y así se advierte en estas estrofas de «Nuestra Fe».

«El nostre pa de cada dia
feu-nos Senyor, que no ens manqués,
i una rialla d'alegría...
—Qui diu el pa, diu el demés.»—

«I veurem les noies
amb el gipó blau;
l'esglesia ben sola
deixarem en pau...»

Epigrammata es una colección de epigramas, tal como entendían éstos los griegos; es decir, que tienen el gentil talle de la abeja y la gracia de sus alas, pero carecen del aguijón; por tanto, hay en ellos más miel que acfbar, presentando más elementos de madrigal que de sátira. En el titulado «A una danzarina» no pasa inadvertida cierta semejanza con uno de Meleagro que dice así: «¡Salud, oh tierra, madre universal! ¡Salud! Sé ligera para Aisigene, ya que ella ha pesado tan poco para tí!»

Todos los epigramas, cincelados con ingenio, suaves, ardientes, tiernos y espirituales, son dignos de figurar al lado de los de la Antología griega.

Los sonetos de su último libro *L'Ofrena*, adolecen en el fondo de algo parecido a como poetiza Unamuno; pero, en cuanto a la forma, no puede compararse el «Rosario de sonetos líricos» con los del poeta catalán, porque los catorce pétalos de cada rosa de don Miguel, fragantes de aroma poética, van acompañados frecuentemente de sendos y retumbantes ripios, y los de López Picó son sencillos, fluidos, y están escritos en catalán familiar y espontáneo.

Pero acaso me preguntes, amable lector, si el autor de *L'Ofrena* es poeta de tanta monta, ¿cómo no escribe en castellano? Pues claramente, porque es catalán; porque escribir en catalán es tanto como amar a su tierra; porque sentirá mejor la poesía en su idioma, y porque, acaso no fuese tan inspirado, ni tan fluido, ni tan sencillo, ni tan poeta, si en vez de entonar sus cantos en la lengua de Mosén Cinto Verdaguer, pretendiese hacerlo en la hermosa de Zorrilla.

Perdón, poeta, si un admirador tuyo, poeta de Castilla, se atrevió a traducir tus versos, desfigurándolos y haciéndoles perder la belleza y el mérito; pero ha intentado presentarte en su idioma igual que eres en el tuyo; sin embargo, sabe que no lo ha conseguido, y siente grandes escrúpulos y casi remordimientos, al acudir a su memoria la frase de Shelley: «es más fácil fundir una violeta en un crisol para descubrir el principio formal de su color y de su aroma, que transfundir de un idioma a otro las creaciones de un poeta».

Poemas del puerto y de la ciudad

De José M. López Picó.

Los obreros del mar vuelven a la ciudad, después del trabajo

En el paso del hombre de la mar
aprenden los de tierra a caminar.

Placer del puerto

Ese hombre de ojos grises que han la niebla de Albión,
comía una naranja del puerto en un rincón.
Me miró. Su mirada—¡Qué gusto a soll!—decía;
parece que en sus ojos la niebla se fundía.

Las barquillas del puerto

Al gozo de la noche, danzaban las barquillas
en el mar, y en el cielo triscaban las cabrillas.
Un marino cantaba una dulce canción;
era tan dulce, que era como la de un pastor.

La colegiala mañanera

Envidio a la mañanita,
porque, de ti enamorada,
te besa, rosa, rosita
de rocío rociada.

Envidio a la mañanita,
que peina tu pelo espeso;
envidio a la mañanita,
porque juega con un beso.

Envidio a la mañanita
porque sabe tu embeleso...

Envidio a la mañanita
que te sabe enamorada,
temprana rosa, rosita
de rocío rociada.

El encanto de la vieja ciudad

A la ventanita
que hay junto al tejado,
con su nido, ha ornado
una pajarita.

La alcoba es estrecha,
y el sol—áurea flecha—
el nido ilumina
de la golondrina.

Y hay un campanario
—gentil columbario—
enfrente, que hermana
su fuerza y la sana
gracia soberana
de aquel dulce hogar,
y así, la campana,
aprende a volar...

Epigrammata

El adorno femenino

Ignoro si en tu pecho ella reposa
o es él quien hizo florecer la rosa.

La niebla

Es ciega, la vergüenza de serlo la domina;
por que no la conozcan finge un paso atrevido;
es más fuerte que el miedo; corre más que camina;
las zarzas de la senda la rasgan el vestido.

Abril, Gentil

Una gotita fresca y mañanera
de rocío se esconde en el capullo
para que, con el sol, la primavera
pueda mirarse en ella con orgullo.

A una paloma

Alba paloma que, en el tul
del cielo azul, vuelas ligera...
pañuelo albo de la Quimera
que dice: —¡Adiós, Príncipe Azul!—

A una mocita

Me ha dicho mi Musa:—Tengo envidia de ella;
por su faz de estrella me das al olvido.—
Me han dicho las rosas:—Ella es la más bella;
pues, por ver su cara, hemos florecido...—

Del placer

Créf tenerla siempre entre mis brazos;
mas, en mi anhelo, al abrazarla yo,
en el vacío de los dulces lazos,
siento su forma, pero a ella, no.

A una danzarina

Ya que la tierra apenas, hechicera,
sabe que eres un hálito sutil,
que, cuando mueras, pese muy ligera
sobre tu cuerpo elástico y gentil.

Velada de San Juan

Es tibia y perfumada la noche, como una
beldad, que desatase su cabellera bruna;
y, allí, donde dirige su mirada hechicera,
enciende con sus ojos la llama de una hoguera.

A un grillo

De tan clara la noche, parece que es de plata.
Canta un grillo amoroso su dulce serenata,
mirando fijo al cielo, porque ¡oh, maravilla!
cree que aquellas notas son de un astro que brilla.
No sabe el grillo humilde que es suya la cantata...
De tan clara la noche, parece que es de plata.

De los viajes

Sentir los brazos cual si fuesen alas;
los ojos elevar al firmamento,
y estar parado y firme, no obstante de las alas,
—igual que permanecen los molinos de viento.—

Máxima

Deja, pues, que el maligno haga burla
de tu credulidad:
cree tú siempre en la ilusión, poeta,
y déjale a él dudar de la verdad.

Ultima página

Si las cosas son bellas para el hombre,
es que el poeta las ha dado el nombre.

Regalo de poeta

Con una gota de rocío unida
a un rayito de sol por áurea miel,
haré para tu niña un cascabel
que alegre con el son toda su vida.

Despedida

El bello encanto que nos roba el día!—
diréis, cerrando el libro, ya leído.
...Y olvidaréis... Mas no la poesía,
que dejará un recuerdo en vuestro olvido.

Tradujo:

ZACARÍAS YLERA

Siluetas históricas

EL GENERAL DE ACERO

Difícilmente se hallará en la última centuria, hombre del firme carácter y de tan grandes energías como las que acreditaban al famoso don Ramón, elemento preponderante en la política nacional de mediados del pasado siglo.

Tarea curiosa es para el comentarista de cosas viejas, hojear las páginas de tan turbulentos días, y saborear las memorias de políticos, militares y diplomáticos, narraciones todas donde siempre resalta vigorosamente la figura viva y fibrosa del general Narváez, a ratos duro como un león, o sagaz como el zorro, cuando era menester.

Fué el primer Duque de Valencia todo un excelentísimo señor carácter. Y si en lo moral no admitía atenuantes a dicho concepto, en lo físico, no hubo el menor engaño.

En retratos y dibujos de la época, que desfilaran ante vuestros ojos, observaríais la cara adusta, avinagrada, de pocos amigos; el entrecejo peludo y fuerte; el mostacho negro y áspero, sin guías, que una mano nerviosa y dura castigase sin reparo. Una cabeza toda brusquedad, que emerge del corbatín alto, tieso, sostenido a la azulada casaca de la Infantería, por la clásica gola... He ahí a grandes rasgos la figura del gran soldado Narváez.

Y aunque parezca extraño, aquel hombre ceñudo y *feo*, el popular don Ramón—que así se le llamó siempre, desde que empezó a destacar su personalidad—fué elemento necesario para su Patria en los días aciagos, en que se precisaba carácter y severidad en la guerra y en el mando. Genio como el suyo, iracundo y dominante, afianza el orden y constituye sentida necesidad de una época preñada de turbulencias y demasías a todo pasto.

Las conspiraciones estaban a la orden del día, y de ellas sabían los jefes que personificaban la política nacional con sus vicios de origen, en cuarteladas, motines y alborotos.

Cuando a los moderados les cupo en turno conspirar, destacáronse dos hombres que sustentaron con tesón las tendencias nacionales. Y así como los progresistas encontraron un elemento para la práctica de la libertad, sin tocar los linderos de la anarquía, los moderados presentaron otro que fué indiscutiblemente el valladar puesto a los abusos del poder, y que apoyándose en la fuerza, detiene los desbordamientos de la libertad.

Aquellos hombres fueron Espartero y Narváez, verdaderas cumbres de su tiempo, figuras destacadas de la masa común, y que cada cual en su esfera de acción, hicieron frente a las desencadenadas pasiones de la política de entonces.

Pero el soldado de Loja mereció de sus contemporáneos ser con más dureza combatido, sin explicarnos el motivo de tal enojo, y mucho menos cuando se dijo por algunos «que no tenía, ni más conocimiento, ni más ley, que su sable».

El general Narváez, bajo aquella personalidad forjada a golpes de energía, encerraba una esmerada educación militar, y aunque su carácter era arrebatado, la Historia no puede señalarle un solo hecho reprochable que ensombrezca su silueta simpática. Tampoco le faltaron temperamentos de prudencia, ni altas miras de gobierno, al regir un pueblo que no estando educado para el ejercicio de la libertad, se extraviaba con demasiada frecuencia, y comecía, en nombre de aquella, desmanes que precisaban el empleo de revulsivos enérgicos.

Y lo que acontecía, es que el general Narváez sabía mejor que nadie el ambiente de su época, y conocía a los hombres que intervinieron en la gobernación del Estado; y allí donde creyó necesaria su actuación, lanzábase denodadamente, y la entereza desplegada, esa facultad tan suya, la excedía, la multiplicaba, imponiéndose siempre, y arrostrando la responsabilidad en todo momento.

Ahí están sus rasgos celebérrimos de enviar los pasaportes al ministro inglés en la Corte, Mister Bulwer, y la repulsa dada a Palmerston, el jefe del Gobierno británico, pasos en verdad de una gravedad notoria, y que, sin embargo, el pueblo recibió con aplauso.

Dígame lo que se quiera, era mucho hombre aquel soldado, a pesar de sus bufidos, de sus salidas de tono, de sus rasgos típicos. De estos se cuentan muchos y muy sabrosos. Aquí reseñaremos uno verídico, que retrata magistralmente aquel temperamento y aquellas *agallas*.

El Regimiento de la Princesa padecía esas dos enfermedades morales que en su origen proceden de la debilidad en el mando: la insubordinación y la indisciplina. Era menester, pues, levantar el espíritu y cauterizar la herida, que dañaba a cuerpo de historial tan brillante. Y entonces don Ramón María Narváez recibió la coronela de aquel Regimiento.

La murmuración dominaba en las conversaciones, pero súpolo pronto el nuevo jefe, que al tomar el mando y presentarse a los oficiales, les dijo con el mayor desenfado:

«Conozco, señores, que este Regimiento es el más indisciplinado de todos en el Ejército, y que ustedes tienen de ello la culpa; pero desde luego, deseo hacerles conocer que sabré imponerme, y que tengo más *corazón* y más *carácter* que ustedes, para hacer cumplir a la fuerza a todo el mundo con su deber. Para demostrarlo a cuantos se crean ofendidos con estas palabras, desde ahora hasta mañana al toque de diana, no soy para nadie el Coronel, sino el compañero que está dispuesto a darles satisfacción con las armas».

El círculo que forma la oficialidad ha quedado silencioso; ni una palabra, ni una mueca altera aquellos rostros veteranos, que a diario jugaban con la muerte... y don Ramón se impuso, no sabemos si por su temple, o por su sinceridad.

Y cuentan que aquel Regimiento fué luego disciplinado, brillante, admirable, haciendo honor al glorioso sobrenombre de «La estrella del Norte», y aquella oficialidad modelo, se unió al Coronel con los lazos férreos de la disciplina, del compañerismo, del cariño...

Y ya veis cómo «el general de acero», que disfrutaba de un endemoniado carácter, un imposible carácter, gozaba de corazón, circunstancia compatible, aunque algunos llegasen a dudarlo.

Porque es menester ser ciego para no ver entonces la necesidad imprescindible de una nueva espada de Damocles, vigilante y levantada, pronta a cortar las demagogias de unos tiempos que se fueron para no volver.

JOSÉ A. YAQUE

Quiteñas

En el silencio de la noche augusta,
 Cuántas veces, con mi alma de rodillas,
 en un rayo de luz de las estrellas,
 un mensaje de amor y simpatía,
 para el ángel lejano de mis sueños,
 envié con un suspiro de mi vida.

Los astros parpadean, y la noche,
 con el dedo en los labios, me convida
 a escuchar en mutismo la respuesta
 de mi solemne y pasional misiva.
 ¿Qué dice, en el misterio de las cosas,
 la quiteña mitad del alma mía?
 guardo con anhelo sus palabras,
 espero aquella música divina.
 Hablen sus ojos, negros y brillantes,
 que ahuyentan sombras, cual la luz del día;
 hablen sus labios que bondad pregonan
 y son, al sonreír, dulce armonía;
 ojos, labios que alboran esperanzas;
 labios, ojos que anuncian alegría.

Si el puñado de sueños
 que el cerebro alimenta
 a nuestra alma le alienta,
 es muy justo soñar.
 ¿Qué placer más fecundo
 que forjarse ilusiones?
 De las nobles pasiones,
 la primera es amar.

Amar con fuego, y tanto,
 que llenemos la vida
 de una racha encendida
 de locura y pasión.

Amar mucho, y tan fuerte,
que combata los años
y que venza a la muerte,
es mi sola ambición.

Hace lustros, quiteña,
que un secreto se anida
en mi pecho: la vida
va pasando fugaz;
el amor es tan santo
y las diosas tan raras
que quien no ora en sus aras
no es del cielo capaz.

Los labriegos dormitan. La luna parpadea
en la noche estrellada. ¡Qué apacible la aldea!
Ni un susurro, ni un eco, ni el vagar de la brisa.
Por la senda arenosa a nadie se divisa,
ni allá en la gris cabaña, do la luz está en vela,
el punteo se escucha de la ronca vihuela.
Como suave quejido pasó esta nota triste,
y después, el sosiego con su manto nos viste.
Se encariñó mi espíritu con la Melancolfa:
la tristeza es mi musa y el silencio mi guía.
Paso a paso, me acerco, en la noche callada,
en la noche estrellada, en la noche de amor,
a la casa de la aldea, la mansión adormilada,
donde vive mi adorada, que es hermana del dolor.
¿Ya duermes, flor de mi alma? De nuevo a tus jardines
vengo, a alfombrar de rosas y ritmar mis violines.
Si mis flores te perfuman y solloza mi armonfa,
ábreme: soy hermano de la Melancolfa.

A la hora solemne en que el espíritu
se pone de rodillas en silencio,
a escuchar la interior humana música
que canta lo inefable del recuerdo;
cuando nuestra pupila se humedece
y sentimos el ansia de ser buenos,
te he llamado, ideal Melancolfa,
como a un hada que flota en el misterio.

Desde lo íntimo de mi alma,
como un himno de ternura,
como un rezo matutino,
cual plegaría que perdura,
te repito—voz ingenua
que musita noche y día—:
«¡Virgencita de mis aras,
para siempre mfa, mfa!»

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Quito (Ecuador), 1916.

Crónicas catalanas

El regionalismo y las elecciones

Al trazar el título de esta crónica, lector castellano, yo he tenido un momento de titubeo y de duda, al propio tiempo que acudía a mi memoria el recuerdo, el triste recuerdo de todos los prejuicios, de todas las intrigas, de todas las farsas con que se ha tratado constantemente de desvirtuar, de empequeñecer ante España entera, la sublime grandeza de este movimiento, el más humano, el más viril, enérgico y vivificador de los sentimientos de un pueblo, el regionalismo, que en Cataluña se alzaba como unánime sentir de toda la raza.

Pero bien pronto la confianza ha tomado el lugar de la duda, confianza nacida en el conocimiento del espíritu fuerte y sincero, y por lo tanto, presto a toda nobleza de respeto al ajeno pensar, que atesoran los hijos de los Padilla y Maldonado, héroes de las libertades de su tierra, y la certeza de que también sobre las llanuras castellanas alza ya su esperanzador arco el iris del regionalismo.

La lucha contra el odioso provincialismo se decide cada día más en bien de las regiones, que ansían librarse de esa aniquiladora tutela del poder central, sierpe que aprieta y ahoga en sus anillos toda iniciativa y todo progreso y florecimiento. Y no es una región la preponderante en perjuicio de las demás, es un pueblo, y la polifuerza que en él se alberga. Y yo creo que tan víctima es Castilla del centralismo, como Andalucía o Galicia, mimadas por el poder caciquil, postergadas a la conveniencia, al interés y al lucro de los políticos de profesión.

El sentimiento de patria, encarnado por sus diversas partes, el amor a la propia lengua, al propio derecho, a las propias costumbres, ha creado en Cataluña el regionalismo como unánime grito, intensa inspiración del alma de la raza. No es un sentimiento de *regional centralismo*, de egoísmo, es un afán de progreso, de libre desenvolvimiento de ideas y energías.

Por ridícula, por imposible y por mezquina, no ha podido alentar nunca la aspiración separatista, sólo engendro de malévolas voluntades.

Toda una política de expansión viene desarrollándose actualmente en Cataluña y un gran impulso en todos los ramos de la actividad está dando el funcionamiento del nuevo organismo de la mancomunidad.

Es principalmente en el orden intelectual en donde de momento ha cristalizado más intensamente sus beneficios la conseguida y ansiada reforma.

Bastaría hablar del *Institut d'Estudis catalans* que vive a su amparo, para comprender la fuerza y la grandeza que ha alcanzado el regionalismo, llegando a la creación de una Institución, en la que, agrupadas las inteligencias y prestigios de las letras, de las artes y de las ciencias de Cataluña, laboran sabia e intensamente en pro de su engrandecimiento.

El espíritu regionalista invadiendo y comunicando su savia a todos los organismos de la región, vivifica las entidades económicas que hallan en estos ideales la fuerza y la energía para la demanda de las reformas financieras y económicas que precisan en bien de España entera. La campaña, sostenida durante más de quince años, en pro del establecimiento de zonas y depósitos francos, es una muestra del vigor de esas entidades y organismos, que atentas a las necesidades del país no cejan ni ante los contratiempos, ni ante las desorientaciones y mala fe de los gobernantes, en la demanda de las leyes salvadoras para el fomento y desarrollo de la industria y del comercio del país. Sólo una fe ciega en los ideales que las encarnan y en la justicia que les asiste, pueden atemperar el desmayo que forzosamente habría de producir la abulia y descuido del Poder central.

Particular empeño parecía tener el gobierno en ahogar en las pasadas elecciones el espíritu regional. Para ello no perdonó medios, y toda suerte de confabulaciones y trapisondas se llevaron a cabo; no obstante, y luchando con todas las malas artes caciquiles, el pueblo ha conferido su representación a los hombres del regionalismo y en Barcelona ha salido triunfante la candidatura de la *Liga Regionalista*, y en el resto de la región, excepto tres candidatos, todos los presentados por este organismo político han obtenido el triunfo.

Ojalá en España toda alzara potente su luz la antorcha del regionalismo, que ella sola puede iluminar el glorioso amanecer de la redención patria.

El maestro Granados

La muerte del maestro Granados ha producido hondísima y penosa sensación en Cataluña y en España toda. Era una de las más eminentes personalidades de nuestra tierra. El maestro ha hallado la muerte en el más intenso momento de su consagración y de su gloria. En pleno camino de triunfo, cuando acababa de obtener en el nuevo mundo el mayor éxito de su carrera artística y al regresar afanoso a su querida tierra, se ha cruzado en su camino el infortunio, segando una vida joven, fuerte, prometedora de nuevas y geniales fecundidades que habían de ser nuevo timbre de orgullo para la tierra que le vio nacer.

Sentía su alma la música con tan grande intensidad, que sus creaciones son prodigiosas, verdaderas maravillas que alcanzaron la sanción de todo el mundo artístico.

Figuran entre sus más notables producciones: *Escenas románticas*, *Cantos de Juventud*, *Danzas españolas*, el poema *La nit dels morts*, las óperas *María del Carmen*, en tres actos, *Fallet*, en dos, *Petrarca*, *Gziel* y finalmente *Goyescas*, la más grande y definitiva de sus magistrales producciones, y cuya representación acababa de obtener en Nueva York un clamoroso éxito.

Cataluña y España han perdido con él a uno de sus más ilustres hijos.

Exposición Ramón Casas

Largo tiempo hacía que el ilustre pintor Ramón Casas no presentaba al público manifestación alguna de su exquisito arte.

Ramón Casas fué uno de los que con mayores bríos contribuyeron al renacimiento artístico en Cataluña. Iba en aquella época ese florecimiento del brazo del despertar político, y recordamos con fruición la época en que en el clásico café de *Els quatre gats*, Casas, con Pere Romeu, Pompeyo Gener, Utrillo y tantos otros esclarecidos artistas, realizaban la portentosa labor de arrancar la venda de los adormilados ojos del público y haciendo arte, fuerte, joven y noble, hacían patria.

En las Galerías Layetanas ha tenido lugar la exposición, y tanto por el número de las obras expuestas como el valor de las mismas, puede calificarse de solemnidad artística.

Un notable cambio se ha operado en el arte y la obra de Casas. Parecía tener empeño este artista, años atrás, en reproducir la visión del arte, en la serenidad y en la tristeza de las cosas grises, muertas, casi trágicas. Hoy su pincel hace florecer en estallidos de luz y de vida la alegría de la hermosura mujeril y la gama de las mantillas y los chinoscos pañuelos.

Casi siempre reproducción del mismo modelo, su visión no cansa; en todas las obras hay la novedad encantadora de la espléndida floración de la carne rosada y joven.

Ramón Casas ha llegado a la extrema perfección de su arte; la paleta jugosa, fresca, y un desenfado y una sencillez tal en la ejecución, que hacen pensar que el artista no halló en su labor ni el menor obstáculo y ni un solo instante de vacilación y de duda.

LUIS G. MANEGAT

Barcelona, abril 1916.

Ante el torrente

Rasga el silencio la canción triunfante,
el fragoroso estruendo del torrente
que se despeña en rápida corriente,
soberano, sonoro, crepitante.

El austero paisaje, de un creyente
diera solaz a la mirada santa
que desde el triste suelo se agiganta
a otra región, de luz resplandeciente.

Marcha hacia Compostela, vacilante,
un peregrino, con el paso lento,
y al pasar, junto al agua, escucha atento
una voz que le dice:

—Caminante

que llevas en el alma reverente,
 con latente inquietud, vivo, anhelante,
 un ensueño de amor, de Dios amante,
 que otro ensueño de gloria alza en tu mente:

Sigue, sigue subiendo por el monte,
 surque el llano, después, tu firme planta
 y llegue al magno templo, ante el que canta
 al Caballero-Santo, otro horizonte.

Cuando tu fe, contrita, al fin intente
 saciar la ambición noble que alimenta,
 se encontrará tu alma más sedienta
 y estará lejos de la ansiada fuente.

También mi remolino turbulento
 quebró, para brotar, la roca ingente
 y, en pos del ideal que hallar presiente,
 descende por la sierra, violento.

Cruza del valle la extensión que encanta,
 horada el monte que atajarle intenta,
 quiebra la roca milenaria, y sienta
 el muro que a su paso se levanta.

Prosigue su camino, dominante,
 y, ansioso de la paz, todo lo afronta;
 después que mil obstáculos remonta
 llega hasta el mar, que le recibe amante.

Así es el alma que en su fondo siente
 un ideal que altérala inquietante;
 sólo su lucha, firme o vacilante,
 halla al morir la gloria redimente.

Pero tu fe, que no desmaye un punto,
 que inspire tu inflamado pensamiento,
 porque, llegado tu postrer momento,
 encontrará su célico trasunto.

.

La voz calló; la espuma del torrente
 su blanca floración muestra, brillante;
 prosigue su camino el caminante
 y el agua canta en el sereno ambiente.

Alza su vuelo, airada y violenta,
 la garra presta, la mirada pronta,
 el águila candal que se remonta
 al centro en que se fragua la tormenta.

NICOLÁS BENAVIDES

(Agosto de 1915. En un ascético lugar de la Cordillera Astur-leonesa).

Anales del Teatro Español

(CONTINUACIÓN)

Murió el Doctor D. Francisco Ramos de Manzano (*Don Román Sforzia Cusani*), que escribió la Pastoral: *Abides o el Pastor Rojo*, cuyo manuscrito se conserva. Había nacido en Vitigudino, fué estudiante y Catedrático en Salamanca, Presidente de la Justicia de Milán, Regente del Consejo de Italia y Consejero de Castilla. Ostentó el título de Conde de Francos y en sus últimos años se hizo sacerdote.

.....

Se publicó en Salamanca el folleto anónimo, *Arbitraje político-militar. Sentencia definitiva del Señor de la Serena, Ingeniero ingenioso de las Máquinas Bélicas de España*. (En 4.º, 35 pág.) Era una durísima crítica contra el P. Guerra y Ribera, defensor de las comedias. Se considera este folletó obra del Jesuita P. Juan Cortés Osorio.

.....

Se imprimió en Madrid, donde debió estrenarse, la comedia: *Lo mejor es lo mejor o antes que amor es la patria y primer cerco de Roma*, de D. Antonio Folch de Cardona.

.....

Murió en Talavera la comedianta Ana de la Paz, mujer de Juan López (a) *Siete partes*.

.....

En la compañía que este año actuó en Jaén, figuraron Antonio Sánchez, como segundo barba, y Alonso de Talavera.

1684

20 Marzo.—En el Cabildo de la Cofradía de N.ª S.ª de la Novena, se dió cuenta del fallecimiento en Madrid, de la comedianta Josefa Morales, mujer de Francisco de Morales, la cual instituyó una de las tres fiestas anuales que se celebraban en aquella capilla, donde está enterrada.

3 Abril.—Empezó en Valencia la compañía de Eufrasia M.ª Reina, donde figuraba como segunda dama Sarafina Manuela, como sexta Mariana Engracia (la Palonera), como tercera Antonia Manuela Sevillano, como quintas Ignacia Antonia de Morales (la *Luinda*), y Antonia Baldivia, como tercer galán Cristóbal Gomis, como segundo barba Francisco Corbalán y como apuntador Bernardo de Vallafañá.

7 Abril.—Según la *Geología de Comediantes*, aunque creemos existe error en el año, principió a trabajar en Valencia la compañía de Agustín Manuel.

19 Julio.—Hizo su presentación ante el público valenciano la compañía de que era autor Miguel Vela, haciendo las segundas damas Juana Roldán, las terceras Francisca Monroy, las séptimas Angela García, los segundos graciosos Domingo Cano, los segundos barbas Tomás de Morales; los terceros galanes Bernardo de Heredia y los cuartos Enrique Ladrón de Guevara.

25 Agosto.—Se representó en Palacio en el día de la Reina Doña María Luisa de Borbón, la comedia *Icaro y Dédalo*, original de Don Melchor F. de León.

28 Setiembre.—Profesó en el Convento Real de Belén Fray Antonio de Santa Escolástica, que escribió la comedia: *Lo que pueden las estrellas*.

14 Octubre.—En el canal de Inglaterra estuvo a punto de perecer ahogado el poeta D. Ignacio Alvarez de Toledo y Pellicer.

24 Diciembre.—En el Convento de la Victoria de Madrid, con motivo de la colocación en el nuevo retablo del Santísimo Sacramento, se representó un diálogo muy notable, original de D. Pedro Lanín Sagredo.

1684

Lleva este año el manuscrito del entremés *Los putos*, que poseía la Biblioteca del Duque de Osma, cuya obra era original del representante Juan de Castro.

Murió el gracioso Pedro González. Estuvo en la compañía de Antonio Lavella.

Murió en Barcelona la comedianta Luisa Pampanón, mujer de Bernardino de Serra.

Dejó de existir en Logroño el comediante Antonio de Castro. Era de familia ilustre, siendo su verdadero apellido Zúñiga. Fué muy celebrado en los papeles de galán, distinguiéndose en *El licenciado Vidriera*, *Un bobo hace ciento* y *El afanador de Utrera*.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

Académico C. de la Real de la Historia

El poema de las malas bestias

EL CAMELLO

La procesión de los camellos
desfila en fila inacabable,
y es la arrogancia de sus cuellos
autoritaria como un sable.

Su vida opaca es un rodar de noria
prudentemente concertado.
Cruzan por el desierto de la Historia
con paso firme y medurado,
y con el bloque de su abdomen
y su joroba de refranes
avanzan lentamente... Duermen... comen...
y rumian sus minúsculos afanes.

La procesión de los camellos
desfila en fila inacabable,
y es la arrogancia de sus cuellos
autoritaria como un sable.

Dice un camello: —«Joven, yo he vivido
mucho, y he visto mucho, y la experiencia
es madre de la Ciencia.

He recibido
las lecciones

de la vida, que doma las pasiones
y hace al hombre ser cauto y ser prudente.

...Es la vida la losa de los sueños...

¡ya lo dijo Jacinto Benavente!

¡Ilusión! ¡Rebeldía!... Mire, joven,
yo he tenido su edad y se me alcanza

la tristeza de que nos roben
nuestro tesoro de esperanza.

¿Que es triste renunciar a su quimera?

Pero la vida es prosa

y ha de ser hombre práctico el que quiera
vivir... ¡esa es la cosa!»

La procesión de los camellos
desfila en fila inacabable,
y es la arrogancia de sus cuellos
autoritaria como un sable.

Y otro camello: — «¡Desdichados!
¡Nada de gritos exaltados!
Orden y sumisión... ¡ese es mi lema!
con sentido común y buen deseo,
el problema social es un problema
que se resuelve pronto. Y creo
que toda novedad es peligrosa,
porque exalta el orgullo desmedido
de la gente impaciente y ambiciosa...
y... más vale lo malo conocido...»

La procesión de los camellos
desfila en fila inacabable,
y es la arrogancia de sus cuellos
autoritaria como un sable.

Renunciadores melancólicos
son los eunucos del harén,
sin más dolor que el de sus cólicos,
ni otra quietud que su centén.

Con su ideal a flor de tierra,
su sordidez—mano de hielo—
es el alcaide que les cierra
toda ventana bajo el cielo.

No han encontrado en su camino
la roja flor de la pasión.
¡Hasta en los vicios es mezquino
su acompasado corazón!

La procesión de los camellos
desfila en fila inacabable,
y es la arrogancia de sus cuellos
autoritaria como un sable.

A. TORRE RUIZ

Registro bibliográfico

Muñoz San Román, uno de los poetas de más rica imaginación, ha dado a la estampa un nuevo libro de versos, titulado *Del dulce amor*.

Bien adecuado es, ciertamente, tan grato y amable título. El dulce amor que le inspira los versos—el amor paterno, que es «el amor de los amores»,— sugiérole estrofas cálidas, sentidas, llenas de simpatía.

* * *

Pedro Henríquez Ureña, el meritisimo escritor americano en quien corren parejas la cultura y el sentimiento poético, ha publicado una *tragedia clásica* titulada *El nacimiento de Dionisos*.

Hasta tal punto ha sabido Henríquez dar *sabor* a su obra, que el lector cree ir gustando las escenas imaginadas por algún autor de la antigüedad clásica. La forma trágica que imita en su tragedia es la que estuvo en uso en los tiempos inmediatamente anteriores a Esquilo; y aun tratándose de asunto tan sencillo—el desdichado fin de Semele y el nacimiento de Baco,—es vivo el interés que la lectura produce.

* * *

Se ha impreso la conferencia que, con el tema *Mis viajes por España*, dió León Martín-Granizo en el Ateneo de Valladolid, el día 17 de Febrero del corriente año.

A raíz de leída aquella conferencia, la prensa dedicó al notable escritor leonés elogios muy merecidos; y en verdad que las impresiones de viaje están en ella reflejadas con una soltura de expresión y una sencillez llenas de atractivo. Mariín-Granizo, que ha viajado mucho, sabe observar certeramente, y sabe reproducir con verdad absoluta todo lo observado.

* * *

El Sr. Conde de Cerragería, como homenaje a Cervantes en el tercer centenario de su muerte, ha impreso en un lindísimo folleto el justamente celebrado cuento *Las tres cosas del tío Juan*, de José Nogales.

Es una feliz idea, que junta la memoria del Príncipe de los Ingenios a la del malogrado escritor andaluz.

* * *

En el acto solemne de la jura de la bandera, últimamente celebrado en Medina del Campo, se repartió entre los reclutas un folleto titulado *Charla con el Soldado*, original del Primer Teniente de Caballería D. Fernando Aparicio Alvarez.

Encierra este folleto una brillante excitación patriótica, rebotante de entusiasmo y sinceridad. Las estrofas *En el día de la jura*, que sirven de complemento a tan simpático trabajo, son igualmente tan inspiradas como llenas de amor patrio.

Notas y comentarios

La Real Academia de Bellas Artes de Valladolid ha acordado celebrar un concurso artístico, bajo las condiciones siguientes:

Sección de Pintura.—Premio de 250 pesetas. Tema: Un boceto al óleo que mida 0,90 por 1,20 y represente algún asunto genuinamente castellano.

Sección de Escultura.—Premio de 250 pesetas. Tema: Un busto modelado en barro, tamaño natural, que represente algún tipo regional contemporáneo.

Sección de Música.—Premio de 250 pesetas. Tema: Colección de canciones populares, tanto religiosas como profanas, de las provincias de Valladolid, Palencia y Zamora.

El mínimum de canciones será el de cincuenta; no habrán sido publicadas y se presentarán sin ninguna indicación harmónica, pero se indicará el movimiento más o menos rápido, con que se acostumbran a cantar, y a ser posible el pueblo dónde se han tomado y la persona que las dictó.—Cada canción contendrá su respectiva letra colocada debajo de la música y en las que no la tengan y que por su carácter sólo sirvan para ser ejecutadas, podrá indicarse el ritmo con que suelen ser acompañadas por algún instrumento de percusión.

Los trabajos correspondientes a las dos primeras secciones serán originales, y los autores podrán disponer libremente de ellos, una vez terminado el concurso y la pública exposición.

Las obras de Pintura se presentarán con el correspondiente marco y las de Escultura sobre el conveniente pedestal, ambos accesorios a gusto de los autores.

El plazo para la admisión de los trabajos de Pintura y Escultura terminará el próximo 31 de mayo y el de Música el 31 de agosto, haciendo entrega los artistas al señor Secretario general de la Academia, y este señor extenderá el oportuno recibo justificativo.

Como el objeto de este Concurso es premiar solamente a los jóvenes artistas de Valladolid y su provincia, los aspirantes justificarán esta circunstancia a satisfacción del señor Secretario al hacer entrega de las obras.—Respecto a la Sección de Música, por su índole especial, no se exigirá la condición de edad.

La adjudicación de los premios tendrá lugar en una solemne sesión pública que celebrará la Academia en el plazo breve posible.